

NADADORA

Rafael Alberti

¡Huye, mar,
corre, playa,
viento, para!

Tres naciones marítimas me ofrecen,
de hierro una manzana.

La Torre Eiffel tira un cielo
de anuncios y telegramas.

¡Huye, mar!

¡Viva mi nombre en todos los sombreros
del boulevard!

¡Y mi fotografía en bicicleta!

¡Ah!

¡Y mis derechos a una isla en el Sena!

¡Corre, playa!

¿Qué pensará el Rey de Inglaterra?

La Cámara de los Lores

vuela en mi honor una escuadra.

El Ministro del aire condecora

con mi nombre una estrella de Irlanda.

Y un cinema flotante,

de azul, me biografía en sus entradas.

¡Ah!

Tengo poderes sobre una ola del
Támesis.

¡Viento, para!

¿Qué pensará S. S. el Papa?

Limonos del Vaticano

bajan a la mar los ángeles,
rosarios y estampas.

En mi malló rendido pintan cruces
arzobispos y cardenales.

Y en un beso de agua salada
las infalibles sandalias

naufrogan.

¡Ah!

Por los peces del Tíber, concedidas
500 millas de indulgencias plenarias.

¡Huye, mar,

corre, playa,

viento, para!

De *Cal y Canto*, 1929



Carlo Carrà *Nadadora* 1910-12

NADADORA DE NOCHE

Pedro Salinas

Nadadora de noche, nadadora
entre olas y tinieblas.

Brazos blancos hundiéndose, naciendo,
con un ritmo
regido por designios ignorados,
avanzas

contra la doble resistencia sorda
de oscuridad y mar, de mundo oscuro.

Al naufragar el día,

tú, pasajera

de travesías por abril y mayo,

te quisiste salvar, te estás salvando,

de la resignación, no de la muerte.

Se te rompen las olas, desbravadas,

hecho su asombro espuma,

arrepentidas ya de su milicia,

cuando tú las ofreces, como un pacto,

tu fuerte pecho virgen.

Se te rompen

las densas ondas anchas de la noche

contra ese afán de claridad que buscas,

brazada por brazada, y que levanta

un espumar altísimo en el cielo;

espumas de luceros, sí, de estrellas,

que te salpica el rostro

con un tumulto de constelaciones,

de mundos. Desafía

mares de siglos, siglos de tinieblas,

tu inocencia desnuda.

Y el rítmico ejercicio de tu cuerpo

soporta, empuja, salva

mucho más que tu carne. Así tu triunfo

tu fin será, y al cabo, traspasadas

el mar, la noche, las conformidades,

del otro lado ya del mundo negro,

en la playa del día que alborea,

morirás en la aurora que ganaste.

De *Razón de amor*, Madrid, 1936